

**Cuentos del mar  
para la hija que soñé**

**Carlos Maza Gómez**

© Carlos Maza Gómez, 2016  
Todos los derechos reservados

## Índice

Introducción .....	5
El cerco .....	7
Un amigo .....	13
El tesoro .....	19
Eustaquio .....	25
Mundos paralelos .....	33
El accidente .....	39
El palacio de Gordorín .....	45
Los huidos .....	53
Ramón interviene .....	61
Costumbres de humanos .....	69
Petronila .....	75
El pez martillo .....	83
El truco de Galopino .....	91
Esperanzas .....	101
La red traicionera .....	105
El amor .....	111



## **Introducción**

Quizá te habría llamado Isabel. O tal vez Sara. Tu pelo sería moreno, en la familia no hay nadie que sea rubio. Si te parecieses a mí serías..., no sé cómo serías, pero te habrías sentado junto a tus hermanos en aquella terraza desde la que veíamos el puerto. Luego, el mayor de ellos me diría impaciente, como entonces: “Papá, cuéntenos un cuento”. Yo miraría el mar, tus ojos oscuros, atentos, expectantes, y hablaría sin saber qué decir, tan sólo observando cómo, al compás de mis palabras, tus ojos se abriesen más y más. Entonces preguntarías por qué sucedían las cosas que contaba, cuál era el motivo de que los protagonistas se vieran atrapados en ese enredo, cómo saldrían del mismo indemnes y un poco fatigados, pero felices.

Las aventuras se irían desplegando ante tus ojos cada tarde, transformándose en suspiros de historias, sonrisas de recuerdo cuando a la noche se cerrasen tus ojos y yo te contemplase dormir.

Estos cuentos son para ti, que podrías haberlos escuchado como los oyeron tus hermanos, cuando me los pedían incansablemente cada tarde frente a ese mar cercano pero desconocido. Estos cuentos los he escrito para que me recuerdes, niña sin memoria, perenne testigo de mis años, sueño de una primavera cualquiera.

Para que un día me acompañes, observes cómo me voy en un último viaje al compás de una corriente cualquiera hasta terminar en el mar, donde jugaré, jugaremos, con el atún Rodolfo y el delfín Serafín. Buscaremos tesoros, nos

perseguirán monstruos, alguien que estaba triste nos sonreirá desde una roca preguntándonos quiénes somos y qué queremos.

Volverán las redes a atraparnos y nuestro amigo el pez espada las romperá para liberarnos mil veces, porque en ese mar profundo, de donde surgen sueños y quimeras, nadie morirá realmente mientras tú estés a mi lado y, cogiéndome la mano, me digas impaciente: “Cuéntame otro cuento”.

## El cerco

Rodolfo siempre fue un atún especial. De tamaño resultaba normal para su edad, sus aletas crecían adecuadamente y, a las alturas en que lo encontramos, sabía dirigir su camino a la perfección. Sin embargo, su madre notó desde su nacimiento que nunca temblaba de frío ni se aletargaba por el calor, señales inequívocas entre los atunes de que tenían que emigrar a otra zona.

Desde luego, Rodolfo seguía siempre a su madre en estas migraciones en que bordeaban la costa buscando una temperatura mejor para todos, pero en el fondo le daba igual porque no sentía el frío o el calor de su hermano Cuco ni de sus primos. Su madre lo miraba pensativa al principio, pero luego llegó a la conclusión de que no tenía mayor importancia.

El atuncito hacía la vida normal: jugar, nadar, aprender a comer pececillos más pequeños que se acercaban a su boca, despistados o resignados. Rodolfo era un líder nato, al que seguían en tropel todos los amigos. Tenía algo que le hacía destacar entre ellos: curiosidad. Lo exploraba todo, buscaba entre las rocas del fondo, a veces incluso corriendo algún peligro como cuando se topaba con un enorme calamar que le cegaba con su tinta, o con los pulpos que sacudían sus enormes brazos frente a él, amenazantes.

Otras veces llevaba a sus amigos hasta cuevas maravillosas, llenas de corales y anémonas que se movían perezosamente al compás del agua. Si se filtraba alguna luz

desde arriba, como era habitual, veían un espectáculo lleno de belleza y armonía. No les importaba tampoco internarse en cuevas oscuras y tenebrosas ante las que algunos pequeños atunes retrocedían asustados. Rodolfo no, su madre decía que a veces era un inconsciente y que algo malo le iba a pasar, pero a él no le importaba porque decía a los demás: “¿Y si hay algo misterioso que debemos encontrar? ¿Y si hallamos cosas que nunca hemos visto?”. Él era curioso hasta el peligro. Más de una vez su madre le había tenido que dar lengüetazos para curarle algunas heridas producidas por un erizo o por rocas traicioneras que en la oscuridad de la cueva no podía ver.

Ella pensaba que Rodolfo tenía que explorar y conocer el mundo. Bien sabía los peligros que acechaban en todas partes. En el fondo del mar no hay escuelas ni profesores que te obliguen a estudiar y hacer deberes, pero también hay cosas que uno debe aprender. La primera de ellas es a eludir el peligro y protegerse a sí mismo y a otros.

Como aquella vez que entró en un túnel muy estrecho y se quedó atorado, sin poder ir para delante ni para atrás. Reconoce que se asustó mucho, pero no perdió el ánimo porque había ido con sus primos y estos avisaron rápidamente a su madre. “¿Qué hubiera pasado si hubieras ido solo?” le dijo ésta, y él no supo qué responder porque tenía razón. Unos buenos empujones lo sacaron del túnel, no sin que terminara herido y pidiendo perdón a su madre. Ésta lo miraba sabiendo que volvería a repetir la travesura, porque así era ese hijo: intrépido y valiente, aunque tan inexperto aún que podía terminar metido en problemas. “Sé prudente” le



decía ella, “no seas atolondrado. Piensa qué puede pasar después de que hagas lo que quieres hacer”. Él inclinaba la cabeza mientras su madre lo curaba, para luego salir a toda velocidad en dirección a sus primos, que lo esperaban, y contarse emocionadamente qué habría detrás de ese túnel. Pero nunca olvidaba las palabras de su madre.

Pasó el tiempo y, aunque pequeño aún, Rodolfo observó en los demás las señales de costumbre. Algunos temblaban visiblemente. El jefe del grupo, el más anciano y voluminoso, les dio finalmente la señal para que marcharan hacia aguas más cálidas. Como siempre, nuestro héroe nadaba junto a sus padres mirándolo todo al pasar: las holoturias echaban chorritos de agua al verlos, las estrellas de mar asistían impertérritas a su paso, las sardinas escapaban para no ser presa de sus mandíbulas.

Todo se desarrollaba con normalidad cuando el jefe se detuvo frente a un obstáculo que Rodolfo no había visto nunca. Era una red. Hubo dudas, algunos sostenían que había que retroceder pero, para cuando tomaron la decisión de hacerlo y dar un rodeo, encontraron que otra red les cortaba el paso.

El anciano jefe miraba a todos lados. Las redes llegaban hasta el mismo fondo y no se podían pasar por debajo. A los lados no parecía haber salida. Antiguas historias, de las que corren de boca en boca entre los peces antes de dormir, vinieron a la memoria de Rodolfo. Los más viejos atunes hablaban de situaciones similares, cuando habían perdido amigos, padres, en su juventud. Empezó a

sentir miedo porque el espacio de que disponían para nadar estaba todo cerrado y cada vez parecía más pequeño.

Todo el grupo circulaba nerviosamente de un lado a otro intentando encontrar un hueco, una rotura, en aquel cerco infernal. Rodolfo tenía mucho miedo y se juntó a su madre, que asistía quieta y resignada a los esfuerzos que hacía su padre, junto a otros, para romper esa red que los atrapaba. No vio a su otro hijo, Cuco. Tal vez hubiera escapado.

Cada vez estaban más juntos, el espacio se iba reduciendo más y más y notaban que iban siendo elevados a la superficie. Algunos de los atunes empezaban ya a boquear en aquel extraño aire donde no se podía respirar.

Su madre estaba silenciosa, casi sin moverse. Luego giró la cabeza hacia Rodolfo mirándolo largo rato. Éste también la miraba, asustado, implorante: “¿Qué podemos hacer, mamá?”. De repente, ésta pareció tomar una decisión. Estaban justo al borde de la superficie, sabía que ella no tenía salvación pero su hijo sí, aún tenía una pequeña oportunidad. Le dijo en un susurro: “No te olvides nunca de lo mucho que te hemos querido”. Luego agarró su aleta dorsal entre los dientes haciéndole daño.

Los hombres que faenaban en las barcas con los arpones preparados para atrapar a los primeros atunes vieron una poderosa figura emerger con violencia de las aguas. Era un hermoso atún hembra de al menos quinientos kilos, observaron admirados. Con sus dientes agarraba a un atuncillo más pequeño. Con el impulso de su subida y un poderoso movimiento de su cabeza, lanzó entonces al

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

